

a los que están apesgados con la carga de sus miserias, *y sumidos*, como dice Jeremías (38), *en el lago, y una piedra sobre ellos*.

Y bien me parece la conversación que quiere tomar con esos Padres de la Compañía de Jesús; porque el bien que ahora sienten en esa ciudad de ellos, ha muchos días que yo lo siento. Solamente mire vuestra merced no sea en balde el buen ejemplo que viere (1). Y plega a nuestro Señor sea servido de, siquiera por dar contento a vuestra merced, llevarme por allá.

La excusación de vuestra merced es justa en haber aceptado la rectoría, pues tan calificadas personas se lo aconsejaron, y tantas personas le constriñeron. *Sed obsecro, domine*, no se descuide, ya en la mar metido, pues no sin causa temió a la entrada en él; que yo, cierto, receloso estoy que nuestro adversario urdió esto para le impedir de su camino que a Dios llevaba. Porque como las ocupaciones, aunque buenas, no se hayan de imponer a los principiantes, porque suelen turbarlos, por no tener puesto en paz lo que a ellos toca, ha hecho mucho mal a muchos por esta vía, y hécholes parar en lo que el golondrinillo que sale a volar antes de tiempo, el cual como no tiene fuerza para proseguir su vuelo en alto, ni para tornar a su nido a do se estaba, cae en manos de muchachos, que juegan con él y después le matan.

Y tanto este negocio es más sutil, cuanto viene debajo de buen celo, el cual deben de temer los principiantes poco menos que el propio pecado; porque si en ellos alguno hay, justo es celarse a sí mismos, y fuera de esto es un gran despeñadero de muchos. Vuestra merced tenga muy gran temor de las que le parecen cosas buenas; porque por aquí suele *el demonio meridiano* (Ps., 90) engañar a los que con tinieblas abiertas no pudo. Y no se arroje vuestra merced a reformar grandes cosas, ni piense que fué puesto ahí para ello; pero antes tema no sea castigo de sus pecados. Y si su corazón le prometiere grandes provechos ahora en el oficio, no le crea, antes se postre delante del Señor con temor, suplicándole le tenga, no pierda aquello poco que le había dado de su conocimiento. Y si en algo se hubiere de entender, sea después de muy encomendado a nuestro Señor, y

---

(1) Lo que sigue falta en la edición de 1578, y lo tomamos de la de 1595.

cosa que no tenga tanta dificultad, que se crea de cierto que ha de costar a vuestra merced mucho de su ánima, y al cabo ser el provecho incierto. Otro hará esas cosas, o vuestra merced otra vez. *Nunc, domine mi, te ipsum rege, inspice, et vias tuas diligenter scrutare, et quia parum habes olei, responde petentibus: Ne forte non sufficiat nobis et vobis (Mt., 25).* Y con este temor religioso, aun en lo bueno, y con llamar a nuestro Señor *ex corde*, y con que no pierda su estudio, podrá ahora pasar este paso peligroso sin lesión. Lo (2) cual conceda Cristo por su sangre. Amén.

#### 141.—PARA JUAN DE DIOS.

*Encaréccele que obedezca en todo al P. Portillo.*

Mucho consuelo me disteis con que guardasteis bien el concierto que entre vos y mí quedó, de lo que tocaba a obedecer al Padre Portillo en la administración de los pobres; y si vos siempre hiciédes así, viviérades más consolado, e yo también. Porque tengo gran temor no os engañe el diablo, rigiéndoo por vuestro parecer. Que cuando no puede acabar con uno que haga malas obras, hácele que haga desordenadamente las buenas: y lo que no tiene orden no puede durar, y luego se dividen unos contra otros, queriendo uno echar por una parte y otros por otra; y el Señor dijo en el Evangelio (*Lc., 10*): *que todo reino dividido será destruido*. Por tanto, hermano, tened gran cuidado de sujetaros a parecer ajeno, y no os engañará el diablo. Porque un Santo dice, que el hombre que se cree a sí mismo, no ha menester demonio que le tienta, que él se es demonio para sí. Y aunque os parezca bueno lo que hacéis, sabed que también pone el diablo lazos en lo bueno como en lo malo; y aunque al principio parezca ir bien guiado, al cabo da con todo en el suelo y hace que haya rencillas, y otros pecados, y descubre el lazo que tenía armado al que poco sabía. Ruégoos, hermano, otra vez, por amor de nuestro Señor, me hagáis esta caridad, que toméis agora el mismo concierto y obediencia, hasta que nuestro Señor quiera que yo vaya allá, o vos vengáis a verme do yo estuviere. Porque cuando estoy donde vos estáis, no se me da mucho, aunque algún poco os

---

(2) *Lo*; la edición de 1595 dice *la*.

desmandéis; mas en ausencia se han de parecer los amigos y hijos obedientes a sus padres; y hanse de guardar no nagan cosa con que les den enojo cuando lo sepan, sino vivir tan bien, que cuando se vean, se gocen en nuestro Señor.

Y pues nuestro Señor quiso que yo tuviese cuidado de vos, y Él nos junto en hermandad y amor, hagamonos a una, y veréis cómo huye el demonio, y lo venceremos con el favor de Jesucristo; que por eso el demonio anda por quitar esta obediencia y paz, como hace el lobo para matar a la oveja, que primero la hace apartar de la compañía de las otras, y a la sola presto la ase. No creáis al engañador, sino a nuestro Señor Jesucristo, que es muy amigo de obediencia, y *fué sujeto a nuestra Señora y San José*, y esto para darnos ejemplo, que si Él, sabiendo tanto, obedecía a los que eran menores, que así nosotros nos obedezcamos y sujetemos unos a otros por su amor.

E mirad mucho que las mujeres que traéis para servir a Dios os son grande impedimento y costa, y sería mejor no tener que guardar, sino casarlas luego, o ponerlas con señoras a quien sirviesen; que de otra manera ellas se perderán y darán con todo en el suelo.

Y los que viéredes que son chismosos, no los consintáis en vuestra compañía, que son para disfamar el Hospital; que aunque a vos os parece que es falta de caridad echar a alguno, engañáis os; porque veces hay que, por no hacer enojo a uno, echáis a perder a muchos; y cuando está un miembro podrido, córtanlo, porque no se pierda el hombre entero; y si alguno de compasión no quisiere cortar aquella parte podrida, no sería compasión, sino gran crueldad, porque por no lastimar una parte, mataría todo el hombre. Así que, hermano, alguna vez es menester negar algo que nos piden, y echar al que no es bueno, para el bien del Hospital, y otras cosas de éstas, que vos no sabéis; y como lo queréis guiar por vuestro juicio, erráislas, y después castigaros ha Dios, y pensábades vos que le servíades. Porque Dios no os llamó a vos para regir, sino para ser regido; y por eso no le servís sino cuando obedecéis. Y entences no temáis cosa ninguna, porque Él no os pedirá cuenta de lo que por ajeno consejo hiciéredes. Y si a mí me queréis bien y me obedecéis, yo os pongo en mi lugar al Padre Portillo, y lo que él os dijere, os lo digo yo, y lo que con él tratáredes, tratáis a mí; y esto hasta que Dios quiera que nos veamos.

Cristo os tenga siempre de su mano, amén; y rogadle por mí, que yo así lo hago por vos.

142.—AL PADRE D. ANTONIO DE CÓRDOBA (1)

*Que habia entrado en la Compañía de Jesús. Que agradezca muy de corazón tan señalada merced: se ofrezca muy de verdad al Señor, y le dé todo su amor.*

1. Sabida la mudanza de vuestra merced, y las causas de ella, he dado gracias a la inmensidad de la bondad del Señor, que tan de veras ha buscado a vuestra merced, y tan misericordiosamente lo ha hallado, y fuertemente llevado adonde, sin impedimentos de ocupaciones extrañas, pueda darle todo su corazón por morada sosegada y apacible, en la cual Él trate y tenga sus deleites, según Él lo acostumbra hacer con sus escogidos. No son éstas pequeñas mercedes, ni se pueden pasar sin conocimiento y agradecimiento, pues tengo creído que este es el sacrificio que el Señor muy de propósito pide en recompensa de sus mercedes, y por falta de esto ha quitado a muy muchos las dadas.

2. Y tanto más conviene a vuestra merced mirar esto, cuanto su merced fué mayor, por los peligros que le amenazaban mayores, por la grandeza de su persona, y ocupaciones que según el mundo le acompañaban. Y así ha hecho nuestro Señor muy gran hazaña en dar a vuestra merced luz para que, dejadas todas las cosas, le vaya a buscar. Adore vuestra merced a Dios, y tiéndase en el suelo, conociendo su nada (2) delante de su alta Majestad, y agradeciendo *ex intimo corde* la merced recibida. Ofrézcase en perpetuo don a Aquel cuyo es por muchos títulos; y no es de los menores haber buscado y hallado al perdido, y puéstole en el lugar de los honrados de su casa por su sola bondad. ¡Qué corazón hay que no se entenezca con esta merced, y de verse prevenir de tal Amador que amó a quien le aborrecía: y andando a porfia su bien y nuestro mal, nos ha tan poderosa y aventajadamente vencido, que no se ha contentado con enviar mensajeros de fuera y de dentro, mas tómanos

(1) Así lo dice el Lic. Muñoz. OBRAS. (Edic. Montaña, tomo II. pág. 436.)

(2) *Su nada*; la edición de 1578, *su nihil*.

por la mano, como a otro Lot, y sácanos del lugar de peligro al monte donde nos salvemos! (*Gen.*, 19, 16.)

3. No olvide vuestra merced esta salida de Egipto, que es cosa en que intervienen grandes maravillas de Dios, y no se acaba sino por el derramamiento de la sangre del Cordero (*Exod.*, 12 y 13), que ha dado voces delante del Padre, pidiendo que sea aplicada a la ánima de vuestra merced, limpiándola de todo terreno deseo, y consagrándola al ejercicio del amor santo del Señor. Oído ha sido Cristo orando por vuestra merced, según podemos conjeturar; dádole ha el Padre esta joya, para que, de vil, la haga preciosa, y sea puesta en la cabeza del mismo Cristo, como jornal de sus grandes trabajos que por las ánimas pasó. Grande fué su guerra, y salió vencedor; y dale al Padre ánimas que corran tras Él y le adoren, *et vincitis manibus post illum currant* (*Is.*, 45), aparejados a le servir, pues por conjeturas, se ven redimidos por Él. Parte es ya vuestra merced de Cristo, despojo es de su victoria, tierra que le ha cabido en suerte para que la labre y riegue y haga fructificar.

4. ¡Oh dichoso vuestra merced, si sabe conocer su dicha, y de quién y por quién le ha venido! Pídale vuestra merced, pues tanto le han dado sin merecerlo, que no consienta esta Bondad que a otro sirva su corazón si a Él no; que no miren sus ojos sino a tal hermosura y a tal Dios, bueno en Sí, y bueno para vuestra merced. Gran carga le ha sido echada, en trueco de las muchas de que le han descargado; porque es deudor de entrañable amor y diligente servicio a nuestro Señor, que le ha descargado y *dado ligereza de ciervo* para correr sus caminos. En esto piense, y esto agradezca. Y porque es tan pobre para pagar, como lo fué para merecer lo recibido, haga cesión de bienes en las manos de su Señor, pidiéndole le tome por suyo y a su cargo para servirse de él a su contento, y suplicándole haga Él lo que quisiere de nos, y en nos; pues *praestat sui juris esse quam nostri*. Mucho creo he hablado para un ánima a quien Dios habla, a la cual suele ser fastidiosa, y con razón, toda humana habla; mas el alegría que en el Señor he tomado, y el mandarme vuestra merced le escribiese, han sido la causa. Plega a la Bondad soberana, que tan piadosa le ha sido. acabe en él lo comenzado para perpetua gloria suya. Amén (3).

(3) Lo que sigue no se halla en la edición de 1578, pero sí en la de 1595.

5 Yo hago diferencia de los títulos con vuestra merced, dejando los que según el siglo precederо lo convenian, y le escribo—como a persona del todo ajena de este, y doméstico de Cristo—otros que a este instituto son convenientes. Y pues vuestra merced esto ha deseado, y es cumplido, cuide que, pues ha aborrecido los nombres de este siglo, aborrezca los afectos de él, y de todo corazón se pase al siglo por venir, *cujus pater Christus est*; el cual no tanto consiste en tiempo presente o futuro, cuanto en espíritu, el cual viene tras la carne, pues *non prius quod spirituale, sed quod animale* (1 Cor., 15); y por eso se llama *saeculum futurum*. Y tanto más debe vuestra merced cuidar esto, cuanto más trabajoso le será hacerlo; pues quien más tiene que dejar, más dificultosamente lo deja, y los mayores impedimentos hacer correr con menos ligereza. Y esto es lo que tiene quien más alto es en este mundo; lo cual no conoce hasta que quiere correr hacia el otro; y cuanto más aprisa, tanto más lo sentirá. Y entonces se desengaña por experiencia de lo que el mundo cree, ser mejor lo alto de aquí que lo bajo y pobre. Así creo habrá acaecido a vuestra merced, si ha comenzado a seguir a Cristo de verdad, o lo sentirá si comenzare.

6. Y lo que en esto le debe consolar es que el Señor, que quiso por criado al más impedido y aherrrojado, dará mayores fuerzas para le servir, que a otro no tan inhábil diera. Y así se represente vuestra merced delante del Señor que le llamó y quiso, suplicándole que, aunque sea más a costa y a más vergüenza de vuestra merced, le dé todo aquello con que le sirva mucho, pues mucho le debe. Y mírese como a persona que acude con diez, con lo que otro acudiría con veinte; y pida perdón de tener ocupado aquel caudal con tan poca ganancia, haciendo gracias al dadivoso Señor, cuyas obras son grandes para los pobres. Y viviendo con temor y temblor de verse tan indigno de tal lugar, názcale de aquí la debida reverencia a todos los prójimos teniéndolos encima de su cabeza, y haciendo por ellos, como esclavo por señores, lo que pudiere, mirando cuán misericordiosamente lo ha hecho Cristo nuestro Señor con él. Y tendrá buena esperanza de salir con el negocio, si tuviere este conocimiento que he dicho; y gastará bien su vida, si cada día tuviere por el postrero.

Cristo sea con vuestra merced. Amén.

## 143.—A UN CABALLERO AMIGO SUYO.

*Que no está la virtud en huir la dificultad del lugar o del oficio, mas en vencerla. Que no haga diligencia por llevar al Maestro a la Corte.*

Dos cosas se ofrecen sobre que escribir a vuestra merced: una toca a él, otra a mí; y si le parece, sea una, pues la caridad nos hace uno.

1. Querría que estuviere contento vuestra merced y sosegado en ese asiento, y trabajase por avenirse bien con él, porque su pereza no fuese causa que se quejase del oficio, y huyendo de él se llevase a sí mismo, y dondequiera que fuese hallase inquietud, por llevar consigo la raíz de ella. Crea, señor, que hemos menester otras armas que huir; porque si a éstas nos acostumbramos, de toda parte huiremos, porque en toda parte hemos de hallar batalla que ejercite nuestras fuerzas; y si rostro no hacemos, seremos miserablemente vencidos. Más sana cosa es quejarse el hombre de sí mismo, que de su oficio; y mejor siente quien se descontenta de sí mismo y echa la culpa a sí, que quien se descontenta de los otros y de lo que le acaece, echando la culpa a lo que es ejercicio, y no mirando que la tiene el ejercitado. Y es cierto que si estas cosas supiesen hablar, con mayor razón se quejarían de nosotros, que nosotros de ellas.

Por tanto, vuestra merced pida gracia a nuestro Señor para saber valerse con su ocupación, y que le adapte a él para su oficio, para que si conviniere dejarlo, no sea [como] cobarde, que no es para defenderse, sino como siervo de Cristo, que vence en lo que le ha puesto, y lo deja por poco, buscando lugar de mayor servicio del Señor. Esté sobre aviso de refrenar las cosas que más son conformes a su inclinación, y sea tardo en querer enmendar a los otros, porque no pruebe a costa suya que *perversi difficile corriguntur* (Eccl., 1, 15); y que más fruto se saca de examinar cada uno su conciencia callando y oyendo, que de querer remediar la ajena. Mucho hace, cierto, quien tiene bien labrada su conciencia, y huye de descubrir su ganancia, porque no se la lleven ladrones. Para muy pocos es el bien hablar y el demostrar su justicia; porque nunca se había de demostrar, sino cuando fuese tan cumplida y firme, que

no recibiese alteración ni movimiento arundíneo (1). Y pues esta firmeza no tenemos, no nos tratemos como firmes, porque no caigamos como flacos, y lloremos como imprudentes.

2. La segunda cosa es quejarme de vuestra merced porque me quiere llevar a parte para donde no soy. Porque aunque su intención sea buena, creo que no va acertada. Y estoy tan puesto en esto, que creo que no sólo no ministra a la voluntad del Señor en esto, mas que la contradice o estorba. Y digo estorba, porque ya que Él sea servido de la ida, no lo es que se negocie como se negocia; porque negociar lo vuestra merced es, en mis ojos, lo mismo que negociar yo; y alabarme vuestra merced es lo mismo que yo. Y ya le avisé de esto acá, y halo olvidado. Y pues me pide que le diga si hace bien en ello, digo que creo que no. Y si no me creyere, a lo menos yo habré declarado mi corazón, y no se quejará con razón quien hubiere trabajado por alcanzar el sí de allá, y le respondieren acá con un no. Porque, señor, otros pensamientos pienso ahora, que no ir a Corte; y plega a Cristo, cuyos son, no impidan mis pecados la ejecución de ellos. Que ya tiempo sería de hacer, más que de hablar, y de entender en la residencia que de mi oficio se me ha de tomar. Y por eso querría que vuestra merced hablase poco y muy templadamente de mí, no demostrando todo lo que me ama, porque a ninguna cosa aprovecha, y a muchas daña; mas antes, pues tan uno mío es, se avergüence como yo haría cuando oyerre hablar bien de mí, y les quite estimación, que *forte* no es verdadera.

Y si me pregunta qué ha de responder si le dijeren si irá allá enviándome a llamar, diga que no sabe, pues es así la verdad. Y si le preguntaren si cree que irá, diga que cree que no. Y preguntado cómo lo cree, diga que yo le he escrito, que ahora tengo determinado de no ir; y que si el efecto viniese, no sé qué haría; mas que ahora me parece que sería mejor no ir, y creo que así me parecería entonces. Y digo esto porque mi flaqueza, y la poca certidumbre de mí, no me deja que osadamente diga: Esto haré.

Por tanto, vuestra merced se apacigüe, y con un *no sé*, se puede cumplir con quien en ello le hablare: porque no les dé algún crédito de mi ida, y les haga escribir, y quede vuestra merced y ellos afrentados.

(1) *Arundíneo*: de caña, que se mueve a todo viento.

y yo notado por mal criado o porfiado, y reciban algún escandalo. Y pues conoce de mí que hablo *in sinceritate*, lo que siento; mire lo aquí dicho, y no exceda de ello. Deje a nuestro Señor, que no es Él servido que vuestra merced sea medio de esto, *nec in hoc operam tuam desiderat*. Antes digo que creo que o le enoja o le impide.

No hay de acá que escribir a vuestra merced, sino que me he estado este verano en una casa de campo, y por eso no he predicado a sus monjas; hacerse ha con ayuda de Dios nuestro Señor. Él tenga a vuestra merced en su seno, porque no se le pierda.

#### 144.—A UNA PERSONA ENFERMA.

*Que los trabajos vienen de la mano de Dios y tienen grande premio llevados con paciencia. Avisos para pasar la enfermedad con algún alivio.*

1. La gracia y consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced.

Oyendo las enfermedades corporales que vuestra merced pasa, tengo de él compasión: y oyendo la paciencia con que, por la misericordia de Dios, las pasa, me gozo, considerando que si afligen el cuerpo, enriquecen el ánima; y que por el trabajo que de presente dan, dará Dios a vuestra merced eterno descanso. Bendita sea su misericordia, que ordenó que los trabajos se pasasen en esta presente vida, que por larga que parece, es muy breve; y los galardones de ellos iuesen en la vida que nunca se acaba. Conozca vuestra merced esta misericordia, y agradézcala de corazón a Dios, y tómelo per prenda de ser hijo, pues Dios se ha con él como Padre, cuyo oficio es reprender y castigar con misericordia a sus hijos, para, median-te el castigo, perdonarles sus yerros, y hacerlos avisados para que de aquí adelante sean más avisados en le servir.

2. Ofrézcale vuestra merced a nuestro Señor la afición que pasa; que aunque mirada por sí sola, aun no basta para pagar uno de los menores pecados que ha hecho; mas con el valor de la gracia del Señor, y juntándolas con su sagrada Pasión, no sólo es purgatorio para nuestros pecados, mas servicio que será galardonado en el cielo. Los jueces de acá, si castigan a un culpado, no tienen más que ver con él, porque no son más de jueces para dar a cada uno lo

que merece. Mas como Jesucristo nuestro Señor no solamente es Juez, sino Padre nuestro, cuando castiga a un hijo suyo perdónale el yerro, y galardónale la paciencia y obediencia con que recibió el castigo. Y por esto los que entienden las cosas con lumbre del cielo, tienen por una merced señalada de Dios que los castigue aquí, donde el castigo es menor y con más consuelos, y se purgan los pecados, y se ganan nuevos merecimientos; que no en el purgatorio, donde se padece mucho más; y aunque se purga el pecado, no se gana gloria de nuevo. Y en este sentido decía San Bernardo: «Sea yo, Señor, azotado, porque se me cuenten los azotes en merecimientos.» Y así lo diga vuestra merced, pues el provecho es tan grande y eterno.

3. Mas aunque esto no hubiera, eslo (1) nuestro Señor padeciendo por nosotros sin culpa, tan atractivo de nuestro amor para con Él, que aunque no tuviéramos pecados por que pagar, su amor nos había de hacer escoger antes los trabajos que los descansos, por evitar la vergüenza que es ir el esclavo en un caballo y con mucho regalo, y su Emperador y señor a pie, cansado y derramando sangre por él. No plega a Jesucristo, que tanto se enseñoree la tibieza en nosotros, que habiendo sido Él humillado y trabajado en la tierra, queramos nosotros grandezas y descansos en ella. Acompañémosle aquí en su cruz, y cierto le acompañaremos en la gloria de su reino, según la palabra que Él dijo (*Jn.*, 12, 26): *Donde yo estoy, estará mi sirviente*, y el verdadero servicio es obedecerle; y Él quiere servirse de vuestra merced en que esté en esa cama con las aficciones que Él sabe. Y si quiere ser siervo suyo, no ande pensando en esto o en estotro servirá mejor al Señor, mas cerrados los ojos, acepte lo que le envía, y déle muchas gracias por ello, y entienda que lo que Cristo le da con su paternal amor, le es muy más provechoso que lo que él con su humana prudencia pudiera pensar. Y si su parecer y carne no se contentare de ello, repréndale como el Señor a San Pedro diciéndole (*Jn.*, 18, 11): *El cáliz que mi Padre me dió, ¿no quieres tú que lo beba?* Sea cuan amargo fuere a la carne lo que nos viniere, que por enviarlo el celestial Padre es justo que nos sea muy sabroso al espíritu, y lo bebamos con mucha paciencia y hacimiento de gracias, repitiendo

(1) *Eslo*; la edición de 1578, es lo que.

muchas veces aquella saludable palabra de obediencia que Cristo dijo sudando gotas de sangre (*Lc.*, 22, 42): *Padre, no mi voluntad, sino la vuestra, sea hecha*. Pídale vuestra merced que, por aquella agonía en que entonces estaba, sea servido darle fuerzas para decir la misma palabra con todo su corazón; y que aunque mucho crezcan los dolores, sea mayor el amor y la paciencia, de manera que *las muchas aguas no la puedan apagar*. (*Cant.*, 8, 7); porque la paciencia en los trabajos dádiva es de Dios, y a Él se debe pedir.

4. Procure vuestra merced también algunos ratos le lean libros de buena doctrina.; y el confesar y cumplir a menudo le será muy eficaz medio para tener la obediencia de Dios en pie entre sus trabajos. Tenga alguna imagen de la Pasión del Señor en que mire, y verá cuán poco es lo que padece, en comparación de lo que el Señor padeció, y habrá vergüenza de quejarse en su poco. viendo al Señor tan callado y sufrido en su mucho. Encomiéndose muy de corazón a El y a su Madre sagrada, y tome por abogado algún Santo, y tenga esperanza en las misericordias de Dios, que pues le ha dado gracia de confesar sus pecados con dolor de ellos y propósito de enmienda, y le da aquí su purgatorio, y recibe el cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, que sobre estas prendas quiere que confíe, que pues no juzga una cosa dos veces y *no desprecia el corazón contrito y humillado* (*Ps.*, 50, 19), hará con vuestra merced *según su gran misericordia*, para que como aquí le ha hecho gemir y llorar, puesto en el cielo diga (*Ps.*, 88, 1): *Las misericordias del Señor cantaré para siempre*. Aparéjese para esta merced, que no tardará mucho en venir.

145.—PARA EL P. ANTONIO DE CÓRDOBA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1).

*Estando cercano a la muerte. Dale el parabién de la partida a gozar de lo que acá trabajó en la religión; y levántale mucho en confianza del reino por medio de la sangre de Jesucristo.*

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre.

1. Aunque acá se dice que está vuestra merced de

(1) Así lo dice el manuscrito 6.311 de la Biblioteca Nacional.

camino para *la tierra de los vivos*, que puedo pensar que cuando ésta se escribe, por ventura vuestra merced estará gozando ya de los dulces abrazos del todo dulce Jesús, todavía me pareció escribir a vuestra merced dándole la enhorabuena de su promoción a la prebenda de la celestial Jerusalén, donde sin cesar es Dios alabado y visto faz a faz. Vaya enhorabuena, carísimo Padre, vaya enhorabuena a ver todo el Bien, y poseerlo eternalmente. Vaya enhorabuena al seno del celestial Padre, donde El recibe a sus corderos con gloria, a los cuales aquí apacentó con su gracia, y corrigió con su disciplina. Ahora, Padre mío, verá la merced que Dios le hizo en llamarlo para la vida religiosa, y darle gracia para que, despreciando el mundo, le siguiese a Él por el camino de la cruz, pues el pago de ello será darle el cielo por la Religión, y gloria por la cruz que por su amor ha llevado.

2. ¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que tiene bondad para dar gloria a los gusanos de la tierra, levantando *de pulvere egenum. ut sedeat cum principibus populi sui!* (1 Reg., 2). ¡Bienaventurada la hora de la muerte corporal, pues por ella se sube a tener silla con los Príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios! ¡Oh día. fin de los trabajos y de los pecados, y en el cual el hombre sube a comenzar a servir al Señor de verdad; y no como acá, donde se desconsuela el hombre por los servicios tan imperfectos que le hace! Porque acá anda el hombre cosqueando (2) y hambreado con deseo de agradar a Dios y de servirle con todo su corazón; mas en el cielo cúmplese este deseo tan cumplido, que todo el hombre es empleado en el servicio y alabanza de Dios, sin que alguno se entremeta a lo impedir. ¡Bendito sea Dios, que tan presto quiso coger a vuestra merced para su granero, porque la malicia no mudase su entendimiento (Sap., 4) y para enseñarle las riquezas de su bondad. que por tan pocos años de servicio da galardón eterno!

3. Este es Dios, señor, éste es Dios; éste es el fruto de su Pasión; éste es el valor de su gracia: ésta es nuestra buena dicha, caer en manos de tal Señor, conocerle y amarle, aunque con muchas faltas; mas éstas límpialas Él con su sangre, haciéndonos participantes de sus Sacramentos; y el amor paternal que nos tiene le hace ser fácil en perdo-

(2) *Cosqueando*: cojeando.

nar nuestras culpas, y muy copioso en galardonar nuestros servicios; y por medio del mar Bermejo nos lleva a la tierra prometida, *apartando de nosotros nuestros pecados cuanto aisla el oriente del occidente* (Ps., 102), y ahogándolos en su sangre; de manera que aunque los veamos, será verlos muertos, y que nos den materia de alabar al Señor, *qui equum et ascensore in mare proiecit* (Ex., 15).

4. Vaya, señor, con la bendición de Dios nuestro Señor, a gozar de las riquezas de su buen Padre, que la lanza en la mano, y derramando su propia sangre, le ganó, que nunca deja de acudir a los que en Él ponen su esperanza y amor. Falta nos hará, soledad nos causará; mas pues Dios se la dió a vuestra merced esta buena suerte, tengámosla los que le amamos por nuestra. Y los que acá gemimos, gocémonos con vuestra merced, como los hermanos de Rebeca, que se va a desposar con Isaac, que es el gozo, y le decimos (Gen., 24): *Frater noster es, crescas in millic millium, et semen tuum possideat portas inimicorum tuorum*.

5. No digo a vuestra merced cómo se ha de aderezar para esta fiesta, que allá tendrá quien le diga y le ayude a pasar de las manos de los hombres a las de Dios. Y el Señor que vino al mundo por él, y subió a la cruz por él, ese sea en socorro de vuestra merced, porque, *etsi ambules in medio umbrae mortis, non timeas mala* (Ps. 22). Llámeme vuestra merced, que aunque esté *in ventre ceti*, oye a los suyos. Llame a su Madre bendita, que también es nuestra; llame a los santos, que son nuestros padres y hermanos; que con tales favores, no tema perder el celestial reino. Y si el Señor quisiere que pase por purgatorio, sea su nombre bendito, que con esperanza de verlo, todo se pasará de buena gana.

Cristo, que por vuestra merced murió, le acompañe a su muerte, y le reciba en sus brazos, salido de esta vida. Dígale vuestra merced lo que Él dijo a su Padre (Lc., 23): *In manus tuas, Pater, commendo spiritum meum*. Y espero de su misericordia que será de Él recibido como hijo, y tratado como tal heredero de Dios, y juntamente será heredero de Cristo.

## 146.—A UN CABALLERO.

*Que la persona que siente haberse resfriado en la virtud, tiene razón de sentirlo mucho, por el mal presente y peligro de caer en mayores males; y el remedio es, llorando lo pasado, comenzar con nuevos alientos.*

1. El que algún tiempo vió su ánima aprovechada en la virtud, y de presente la ve desmedrada, tiene mucha razón de penarse, y procurar remedio por cuantas vías pudiere. Porque si se siente la disminución en los bienes temporales, ¿cuánto más se debe sentir en los del ánima, que verdaderamente lo son? Job (29, 2) decía con suspiro *que deseaba estar como en el tiempo de su mocedad, cuando el Señor le guardaba, y lucía su candela sobre la cabeza de Job.* Estas y otras cosas que dice que antes tenía, y al presente le faltaban, más debían ser sentimientos regalados y devotos que del Señor tenía y entonces le faltaban, que no virtudes de que al presente careciese; porque pues tan buena cuenta dió de sí en el tiempo de la prueba que es el tiempo en el cual se ve de verdad qué fuerza tiene uno, no tenía por qué quejarse que el Señor no le guardaba, ni velaba su lumbre sobre él. Sentíase desconsolado. no sólo de fuera, mas también de dentro; y por esto dice, *que quién le diese ser como antes era y estaba.* Y si de esto se queja. ¿qué es razón que haga quien siente desmedro en la misma virtud, y siente irse su ánima apartando poco a poco, no sólo del sentimiento de Dios, que algún tiempo tuvo, con que se consolaba. mas de la guarda de su Ley y conformidad con su voluntad?

2. Y aunque este mal es grande por la pérdida presente, es muy mayor por la que se teme. Porque vispera de gran caída es la pequeña caída; y *de ser vomitado, la vida tibia* (Apoc., 3, 16). Dios, por su preciosa Pasión, guarde a todo hombre de este mal, pues es tan grande, que dice San Pedro (2 Petr., 2, 21) *serles mejor a los tales no haber conocido el camino del Señor, que después de haberlo conocido y caminado por él, dejarlo y entrar en los malos caminos.* Y no sin gran misterio dijo el Señor al enfermo de treinta y ocho años (Jn., 5, 14): *Mira que ya estás sano; no quieras más pecar, porque no te acaez-*

*ca otra cosa peor.* Pesarse deben estas palabras y temerse, pues son recia amenaza, y dichas por boca de la misma Verdad; y suelen muchas veces ejecutarse en los que no le temen, ni ponen remedio para no caer en ellos. *Acaéceles cosa peor*, porque los pecados en que después caen, son más calificados en culpa que los de antes. Como quien cae con los ojos abiertos, o con ojos cerrados; como hombre que tiene seso y hace obras de loco, o como quien no tiene seso, o muy poco; como hombre que debía toda su vida agradecer y servir la merced recibida, o como hombre que no ha recibido. Una cosa es encontrar al Rey por la calle, y viendo quién es, no le hacer cortesía, y hacerle desacato, y otra no le conocer, o poco, o no mirar quién es el que pasaba por la calle. Muy grande merced hace Dios a quien le da conocimiento de sus pecados, y conocimiento con amor de Dios; mas a mucho le obliga, *pues conforme a la dádiva*—dijo el Señor (Lc., 12, 48)—*que había de ser la cuenta de ella.* Y si es mal no dar bien en pago de bien, ¿qué será dar mal por el bien recibido, y responder con ofensas en lugar de servir? *Acaéceles cosa peor* a éstos, pues suelen pecar más que antes, y con peor circunstancia que antes; y vienen poco a poco a endurecerse y secarse de manera, que aun no son para hacer el bien que de antes hacían, no sólo cuando estaban prósperos en el Señor, mas aun antes que el Señor los llamase a su servicio. Suspiran entonces, aunque con corazón duro y desabrido, por haber un poquito de bien, y no lo hallan, sino sienten que *el cielo les es de metal y la tierra de hierro* (Deut., 28, 23), porque no llueve en ellos gota de agua que les ablande el ánimo, ni les dé fruto con que les mantengan. Y aquellos que en algún tiempo eran visitados y llovidos con muchas inspiraciones, a las cuales no se dignaban responder, ya desean una y no la alcanzan. Así son castigados *los ricos fastidiosos* (1), con matarlos de hambre, como el rico avariento era castigado con sed (Lc., 16, 24). Y de dureza de corazón a infernos, muy pocas leguas hay; pues dice la Escritura (Eccli. 3, 27): *Cor durum habebit male in novissimo.* Y el sanar de este mal es cosa cara, y de gran privilegio de nuestro Señor, como San Bernardo dice: *Nullus unquam duri cordis adeptus est salutem, nisi quem forte Deus misertus sana-*

---

(1) Antifona de primeras vísperas del Corpus.

*verit, et abstulerit ab eo cor lapideum, et dederit cor carneum.* Estos son los paraderos de los malos hijos, que despues de recibidos por tales, y tratados como tales, olvidan al Señor suyo, *qui possedit, fecit et creavit te* (Deut., 32, 6). Y quien de esto no tiembla, ya da testimonio que tiene duro corazón; y tanto más debe temer cuanto menos teme.

3. Y por esto, señor, prevengamos señales de que quiere venir; y cuando vemos que se caen terrones de la pared, pongamos remedio, pues somos avisados del peligro. Temamos mucho el desmedro de un solo día, y no dejemos pasar sin castigo el defecto, aunque parezca pequeño; y digo *aunque parezca*, porque en la verdad ninguno es pequeño, pues tanto mal nos hace; aunque unos son mayores que otros. Entendamos que este mal viene por una de dos causas, que son: o por no agradecer bien el bien recibido, o por guardarlo negligentemente. San Bernardo dice que la causa por que, dando Dios a muchos bienes grandes sin que ellos se los pidiesen, les niega otros chicos que ellos pedían, es por haber sido ingratos a los primeros mayores, por lo cual se hacen indignos de recibir los menores. Y no es cosa nueva perderse los bienes, aunque grandes, de quien les pone mal cobro, como que no sea menester (2) trabajo para conservar lo ganado. Así que, señor, agradezcamos de nuevo el bien recibido, y pongamos cobro de nuevo en lo que nos queda, porque no se acabe de perder y nosotros con él.

4. Aflojemos en otros negocios para entender bien en éste, pues que fuerzas pequeñas, repartidas en muchas partes, se tornan casi ningunas. Y débese contentar quien ha recibido bienes del cielo, con guardarlos y ser ricos en ellos, aunque haga alguna falta a los bienes de acá. Porque si se quiere cumplir muy por el punto con lo de acá, temo que ha de ser a costa de lo que más vale. Pues está el mundo tan *en maligno*, y nuestras fuerzas son tan pequeñas, que somos como flaca candelica entre muchos vientos, que en faltando diligente guarda, se nos apaga. Tal es la desventura de los que vivimos en este destierro; y por eso los que seso tienen, gimen y temen y desean salir de aquí. Haga vuestra merced cuenta que ésta es su principal hacienda, honra, salud y

---

(2) *Como que no sea menester*: como si no fuese menester.

vida, y aquí ponga su ojo derecho y en lo demás el izquierdo. Y si algo se ha de perder, sea lo que se ha de perder por mucho que lo guardemos; y quede en salvo aquello que, si nosotros no lo perdemos, nos salvaremos para siempre. Jacob puso en la delantera del peligro la mujer e hijos que menos amaba, diciendo (*Gen.*, 33, 2): *Que si algún mal acaeciese, fuese en aquello y no en lo más amado*; y cada día en lo temporal hacemos lo mismo, perdiendo lo menos por guardar lo más. Entendamos, pues, que mejor es tener buena conciencia, que mucha hacienda; tener nombre delante de Dios, que en la tierra, y así en lo demás.

5. Y procurando con penitencia y confesión amansar al Señor por lo pasado, comencemos nuevo proposito y nueva vida con alientos nuevos, muy enojados contra nosotros, porque hemos sido ingratos a nuestro Bienhechor, y descuidados en lo que nos cumple.

Los ejercicios de penitencia, oración y lección y frecuencia de sacramentos no se deje, aunque se haga secamente; y la humilde oración y quebrantado corazón no falte; que la misericordia del Señor, que está esperando que va[ya]mos a Él para nos hacer bien, nos saldrá al camino, y nos cobijará con el manto de su misericordia, y dará nuevas fuerzas para que de nuevo y con fervor le sirvamos, y ganemos nuevos méritos para su reino. A Él plega hacerlo así con vuestra merced para perpetua gloria de su bondad.

Los libros que vuestra merced pregunta me parece que le convienen: *Confesiones* de San Agustín y *Meditaciones*; *Morales* de San Gregorio, *Summa mysteriorum fidei*, de Titelman, y el Cartujano.

Dios sea con vuestra merced siempre.

#### 147.—A UN CABALLERO.

*Exhórtale a conservar la gracia de Dios y no perderla por los bienes temporales.*

1. Muchas veces me acuerdo de vuestra merced, y hácelo el amor que le tengo. Y no hay vez que, con su memoria, no se cause en mi ánima un temor y temblor, considerando los muchos peligros en que esa ánima está, por la cual tanto nuestro Señor ha hecho, que a poder cansarse, cierto Él lo estuviera muy mucho; mas ya se cansó cuando tuvo carne pasible, y

de aquellos cansancios resulta el cuidado que sin cansancio ahora tiene de los que a sí trae.

¡Oh señor, y con cuanta razón vuestra merced debe ser agradecido al bien recibido, y cuidadoso por la guarda de él *a lo menos*; y temeroso no se le vaya de entre manos! Y dije *a lo menos*, porque el que tiene conjeturas que ha recibido de Dios el don de la justificación, debe obrar como diligente negociador, para que *con cinco gane otros cinco* (Mt., 25, 20), creciendo en el bien que Dios comenzó, y ganando cada día más parte del cielo, pues está la puerta abierta para más cada día ganar. Que cierto es que si a uno dijese que había un camino muy largo, por los pasos del cual diesen grandes bienes, y por un solo paso diesen valor de un reino, y que aunque en toda la vida quisiese un hombre andar por él, nunca le quitarían su galardón, y tan copioso como por el primer paso que dió no habría en el mundo—de los del mundo—quien no fuese tan paseador, que a duras penas descansase. Pues si la codicia de lo visible esto obraría, ¿qué es razón que obre el amor de lo invisible y eterno, sino un vigilante cuidado en andar el camino de Dios con alientos tan nuevos, y más, que los que el primero día tuvimos? ¿Quién será tan mal mirado, que no se tenga por muy deudor de Dios, por tantos dones como de Él ha recibido en pago de tantos males nuestros? ¿que no corra con diligencia a servir como pudiere a Señor tan benigno? ¿que mirando de dónde el Señor le sacó, no se atreverá a alejarse cada día más y más del lugar del infierno y de la maldad del pecado?

2. No parece dolerse bien de la ofensa, quien con diligencia no procura estar de ella muy lejos. No agradece suficientemente al Señor este don, a quien se le va el pensamiento de él, y se le envejece con el tiempo, ni se despierta a nuevas gracias y nuevos servicios, conociendo cada día más, como quien tiene más luz, esta tan grande merced, que la llama David (Ps., 20, 4) *bendiciones de dulcedumbre*; pues es mucha razón que crezcamos en el ser nuevo de la gracia que el Señor nos dió, y no quedar contentos con quedarnos siempre chicos. Dije que *a lo menos* debemos ser cuidadosos por la guarda de aqueste don, porque a buena razón hemos de ser acrecentadores de mayores bienes, cada día más.

3. Y de aquí es que, como yo vea estar la candelica de vuestra merced combatida con tantos vientos, y vea su flaqueza entre tantos y tan grandes y astu-

tos enemigos, tiemblo sobre él, como una madre sobre un hijo, que no osa gozarse del bien que le ve, con el temor de que le puede perder. Señor mío, ¿cómo le va? ¿Está vuestra merced en pie delante su Dios? ¿Vive delante la Vida? ¿Tiene aposentado a Dios en su corazón? ¿Hay unión de amor entre Dios y su ánima? ¿Por ventura hay entre ellos alguna rencilla o inconveniencia, que haya causado el cuidado del siglo, y el poco cuidado de agradar a su Señor? Temo de oír la respuesta, y no puedo estar sin oírla. Si buenas nuevas me da, alegrarse ha mi ánima en el Señor, y darle ha gracias por haber guardado lo que ganó. Y si otra cosa hay, dolerme ha; mas saberlo quiero; porque no me quiero estar yo sin dolor, estando vuestra merced en algún espiritual daño o enfermedad. Parte espero de su corona, parte quiero de su pena. Y si algo de esto hay, no deje añejar las llagas, ni hacer nudos ciegos a las ataduras de los pecados. Quiebre presto lo mal atado; que no tiene licencia para estar apartado de Aquel que en cruz por él se ató con muy recios clavos.

4. Diga a todas las cosas: Apartaos de mí, que no soy vuestro, ni debo ser mío. Sea lo que fuere, sea quien fuere, vaya lo que fuere, no tiene nadie razón, ni justicia, para llevar por suyo a vuestra merced, sino Jesucristo, que lo crió y tomó por hijo, y después de haber sido pródigo, lo recogió y honró, y dió nueva ropa y dulce abrazo de paz, y le tiene guardada silla de gran descanso en el cielo, si guardare sus mandamientos. De este Señor es este hombre: aunque aleguen de su derecho todos los hombres, no hay quien tan justamente lo compre, siendo él, por otro título, suyo. Porque ¿qué es morir Dios por nos, sino comprar con mucha costa lo que ya era suyo por creación? Y sacarnos de los infiernos, y darnos de nuevo su amistad, ¿qué es, sino multiplicar títulos sobre una misma cosa, y tan grandes, que cada uno de ellos es muy justo para llevarse a todo el hombre tras sí? ¡Oh traición de los hijos de Adán! ¿Qué es lo que hacéis cuando prevalece en vuestro corazón otra cosa contra Jesucristo, o que no sea Jesucristo? ¿Cómo podéis decir *no* al que tan obligados sois a servir, aun con pérdida de vida? ¿Así os ciega un tan pequeño título que cualquiera cosa puede tener para llevaros, y ponéis en olvido tantos y tales que tiene el Señor de los cielos?

5. Váyase, señor, el mundo de nuestros corazones.

pues presto se ha de ir de nuestros ojos; y cuando viéremos que algo en él florece, llevémoslo a soterrar y pisar con la sepultura, que allí nos darán verdadera relación de ello, y tal, que nos quite de ello, y cuidado de todo lo que acá es buscado con pestilencial codicia. ¿Qué mejor peso y medida quiere para no ser engañado. y para no recibir uno por otro, que el llevarlo luego a la muerte de Jesucristo, que condenó lo que el mundo estima, y a la muerte nuestra, que nos hace ir desnudos, solos y abatidos, y ser pisados de los pies de nuestros criados? Y acuérdesse vuestra merced de esto, pues allende del temor que todos debemos tener de aquel paso, tiene vuestra merced otro muy particular; porque tiene otro particular conocimiento de él: que casi no faltaba un dedo para pasar del todo por él a la parte de la eternidad.

Mire, mire no le engañe la falsa apariencia y pintadas máscaras; que no son sino máscaras, con que convidan y engañan ánimas. Y si estas sombras le parecen bien, alce el corazón al cielo, donde están las verdades de esto que acá parece algo. Y así ni tendrá envidia del que viere ir delante en estas cosas, ni tendrá aun de buena gana lo que por fuerza no puede dejar. No se embarace en la tierra, pues tiene prendas del Señor, que le quiere llevar al cielo; las cuales son su sacratísima muerte, el conocimiento y amor del Crucificado, y recibir los santos Sacramentos, por lo cual se da en la santa Iglesia perdón de los pecados, y adopción de hijos de Dios, y por esto herederos. Busque las sombras el que no espera las cosas de tomo. Tome la brevedad el que no ha gustado de los bienes espirituales, que duran para siempre; y regocíjese locamente en las prosperidades de acá, quien no ha sentido en su corazón cuán dulce cosa es echar lágrimas por haber ofendido al Señor, y cuán bienaventurado en arriarse a Jesucristo, y vivir para El.

6. Y pues el Señor nos ha llamado por su misericordia, y nos ha dado conocimiento de su Hijo Jesucristo, no vivamos según la carne, ni recibamos consejo contra este consejo. Que en cosa tan manifiesta, con buscar y estimar el contento de Cristo, menospreciando el mundo y todas sus cosas, no es menester parecer de nadie. Ni nos muevan las vanidades, por muchas y muy usadas y conocidas que estén en el mundo. *Pasa el mundo y su deleite, como dicen San Juan (1 Jn., 2, 17): mas el que hiciere la*

*voluntad del Señor estará con Él para siempre.* Porque quien se arrimare a lo inestable, caerá con ello: quien adorare a ídolo, semejable a él será hecho; y quien a Cristo amare—y aquel le ama que al mundo desama—, éste será el sabio, el alto, el que ha de ser ensalzado para asentarse en el reino con el mismo Jesucristo, como Él se sentó en la diestra del Padre. Más vale allí ser el menor, que acá el mayor. Por tanto, si nos deleita el reinar, deseémoslo en el eterno reino. Este dé Cristo a vuestra merced. Amén.

## PARTE TERCERA \*

### 148.—A UNOS CANÓNICOS

*De cierta iglesia de estos reinos. De los efectos de la luz que se da con la gracia; y que a los principios se debe esconder, y hablar de ella poco y obrar mucho.*

1. Sabido he por carta la merced que Dios ha hecho a vuestras mercedes poniendo en ellos sus ojos, para que ellos los pongan en sí mismos y en Él, y vean cuánto hay que gozar en El, y cuántas cosas para huir de sí mismos, y estar mal consigo, y cuán muchas para querer a quien, más que ellos a sí, les ha amado. ¡Oh locura grande nuestra, que pensando que nos amamos, nos aborrecemos, y buscando, a nuestro parecer, el bien caemos en todos los males! ¡Oh misericordia grande de Dios, que siendo perdidos con nuestro amor, nos gana con el suyo, amándonos, y haciendo que nos parezcamos mal, y estemos bien con Él! Esta es la primera luz que el Señor da al alma, donde viene; darle a entender cuán mal ha respondido al tratamiento de Dios, dándole abrojos en lugar de uvas, y hiel en lugar de miel; y hacerle displacerse tanto a sí mismo, que no ve cosa en sí, que no sea de llorar. Ve males que ha hecho, o bienes que ha dejado de hacer: ve cuán vacíos y sin meollo son los que ha hecho; y llora sobre todo, haber sido causa que el Hijo de Dios fuese tan maltratado como en su Pasión, y haberle él añadido dolor a dolor, en haber sido ingrato a la sangre que por él derramó. Está tan espantado de su pasada ceguera, que como hombre que de nuevo ve una cosa muy nueva, suele darse una palmada en el muslo, en señal del gran toque que su corazón ha recibido de la

---

(\*) Por primera vez en las OBRAS de 1595 se añadió al Epistolario una Tercera Parte, que comprende estas 30 Cartas, que forman nuestra Tercera Parte, y tres más, ya publicadas en el primitivo Epistolario, a saber; los num. 64, 140 y 142 de la presente edición,

admiración de aquello. Acaece un espanto, cual no se puede decir ni entender, si no es de aquellos a quien Dios da esta luz. De aquestos era aquel que en Jeremias (31) dice: *Postquam ostendisti mihi, percussit femur meum*, que es lo mismo que he dicho (1). ¡Oh señores, y qué [cosas] están encerradas en aquel ostendisti! ¡Oh que de cosas, que de noveadas enseña Dios, con las cuales hace *herir* al hombre su muslo de espanto, cuando Dios de su mano enseña al hombre que ha hecho por él, y qué ha hecho el hombre contra Él; qué bienes perdió cuando peco, y a que males se obligó!

2. Pues cuando les da a entender que, en lugar de la ira que merecen y eterno castigo, los quiere Dios dar perdón, y tomarlos por hijos, y darles s.l.la en el cielo, espántanse de ver tan inmensa bondad, derramada sobre vasos de tanta inmundicia y tan dignos de ira. Considera el hombre que, si Dios no estorbara a los demonios, ya muchas veces le hubieran llevado al infierno; y tiénese por deudor a Dios; y como si allá hubiera entrado, y Dios le hubiera sacado, pregunta a Dios que ¿quién le ató las manos a su justicia, pues no le echó en los infiernos como él merecía? Y ve que habiendo Dios enviado allá otros, y por ventura con menos pecados, ha durado él acá, sólo para mostrar la grandeza de su misericordia. Y engéndrasele de esto un desplacer de sus pecados, y un ver cómo él ha sido su propia perdición; y un agradecimiento y amor entrañable a nuestro Señor, viendo lo que le debemos, pues de los males en que el hombre se metió, Dios le libró, y le sacó de la muerte en que él se había derribado.

3. De aquí nace el cuidado de le agradar; y de ofrecer toda su vida a servicio de quien se la dió. Porque hace el hombre cuenta como si estando en el infierno le dijera Dios: ¿Qué harás por Mí, y sacarte he de ahí a vida y estado con que te puedas salvar? Y pues no hubiera cosa que él no la diera o hiciera, conoce deber servir a Dios con todas sus fuerzas, pues le sacó del infierno sin le pedir esta condición, sino fiándola del agradecimiento del hombre. Hácese esta cuenta entre otras: Si en el tiempo pasado corrí sin freno ninguno tras mis pasiones para perderme, ¿no correré ahora con mucha ligereza tras las virtudes para salvarme? ¿Por qué no alcanzará de mí la limpieza lo que en algún tiempo

(1) San Jerónimo, allí.

alcanzó la suciedad? ¿Por qué no valdrá Dios tanto en mis ojos, cuanto algún tiempo valió el diablo? Teniendo mal señor y mal galardón, era obediente; ahora que Dios me ha tomado por hijo, con prometimiento de eterno reino, ¿seré más flojo en reinar con Dios, que lo fui para arder con el diablo? *Humanum dico, propter infirmitatem carnis vestrae*, dice San Pablo (*Rom.*, 6); porque aun no nos hemos de contentar con dar *igual* diligencia a lo de Dios, que algún tiempo dimos al servicio del demonio, sino mucha mayor, pues las causas son tanto mayores.

4. He dicho esto para que sepan vuestras mercedes que, así como tienen mucho por que alegrarse, por verse librados del lazo y pozo infernal, tienen también que cuidar y que temer si han de saber tratar con Dios, y guardar y emplear el talento recibido. Muchos he visto ponerlo en mal cobro, y perderlo presto, y después suspirar por una gota del agua que antes en abundancia bebían, y no la alcanzaron. Oféndese mucho la Majestad divinal, después que uno le ha conocido, que lo deje a sabiendas, y caiga, como la Escritura dice de Balam (*Num.*, 22) *con los ojos abiertos*. Porque los pecados hechos antes de este conocimiento son como obras de loco o de ciego, que no tiene seso sino de carne; como si uno encuentra al Rey y pasase sin hacerle cortesía, porque va el hombre tan tonto y tan fuera de sí, que viendo no ve, oyendo no oye. Mas si le han dicho: Este es el rey, y tiene conocimiento y amor de él, hale reverenciado y servido algunos días, ha llorado las ofensas que le hizo algún tiempo; grande ofensa se le hace al Señor, que sea estimado en menos que un pecado en el corazón de aquel a quien se ha descubierto, y se ha hecho amar. Y por esto deben vuestras mercedes velar, porque los ladrones que nos andan rodeando no roben lo que Dios por su misericordia dió. Porque si a los cuidadosos algunas veces acaece perder algo de su caudal, por la mucha sutileza e importunidad de los enemigos, ¿qué esperamos que puede acaecer a los descuidados, sino perderlo todo y en poco tiempo?

5. Conviene mucho, para guardar la gracia de Dios, hablar poco de ella y obrar mucho con ella; porque así como los sentimientos de la gracia tenemos experiencia que se nos pierden con el pecar, así con el obrar se nos acrecientan; que voz de la gracia es la que dijo Raquel (*Gen.*, 30): *Dame hijos, y si no*

me los das, morire; y el Señor quitó el talento (2) al siervo que no obraba con él (*Mt.*, 25). En todo caso, señores, entiendan que este negocio no es de palabras, sino de obras; y que conviene más a principiantes quitar sus ojos de vidas ajenas, para no tener que hablar de ellas; no ser reprehensores ni censores de lo que no está a su cargo; porque tanto más perderán la vista de sus propios defectos, cuanto más la pusieren en los ajenos. Visto he muchos que, habiendo recibido lumbre de nuestro Señor, con la cual conocían su perdición, abrieron tanto los ojos a mirar los defectos ajenos, y la boca a hablar de ellos (aunque a su parecer era celo, y no desprecio), que lo que sacaron de ello fué hallarse vacíos en su corazón del bien que habían recibido, y los otros nada enmendados. Muy gran negocio hace el que sabe guardar lo que Dios le ha dado; y mucho tiene que remediar en su casa a quien Dios ha abierto los ojos para conocer sus propias faltas. Y los que, salidos de los graves pecados en que estaban, están muy contentos, como que ya no queda más que hacer, están engañados, y deben pedir a nuestro Señor les acreciente la lumbre para que vean y bien se conozcan, y verán que a duras penas han comenzado los que pensaban haber acabado. Y por eso mucho conviene recelarse de sí, y tomar las ocupaciones más necesarias. Porque como a los principios esté el corazón tierno en el bien, no tiene fuerza para que le pongan otra carga, más de la que él mismo se tiene en responder a Dios, y en pelear con las propias pasiones. Y cuando a los principios este recogimiento y cautela se guarda, en no entremeterse el hombre en cosas que le distraigan, crece el bien comenzado, como árbol que le quitan las ramas más bajas, y como fuego escondido que más y mas arde. Y cuando después viene su tiempo, tiene el hombre fuerza para tomar ocasión y ocupaciones, y no ocuparse en ellas; y por esperar un poco de tiempo da fruto maduro, como dice David (*Ps.*, 1): *Quod fructum suum dabit in tempore suo*. Lo contrario de lo que acaece a los que, por darlo antes de tiempo, lo dan mal sazonado, y quedan ellos sin el sabor de lo que pudieran gustar, y los otros con mal sabor de no ser aprovechados como lo debían ser.

Querría que la ocupación que vuestras mercedes me

(2) *El talento al siervo*; la edición de 1595, *al siervo el talento*.

dicen tienen de visitar enfermos y estar con los que quieren morir (3), se usase muy templadamente, especialmente en el hablar, aunque sean cosas de Dios. Porque, según he dicho, la salud del principiante consiste en no descubrir lo bueno que tiene en su corazón. Sean muy amigos de la sagrada lección, y de la oración y de la Comunión; y con estos ejercicios crecerá en ellos el bien comenzado, hasta que lleguen a la medida y estado espiritual que la divina Bondad les quiera comunicar. A la cual plega tener a vuestras mercedes debajo de su amparo, para que ninguna astucia de los enemigos, ninguna propia flaqueza los pueda apartar del amor de Jesucristo, pues en esto está todo nuestro bien.

La indisposición me ha hecho haber menester mano ajena.

#### 149.—PARA UN SU DEVOTO.

*De cuán gran ceguedad es por los bienes temporales perder los eternos.*

1. La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Una carta recibí los días pasados hecha en Sevilla; y aunque con ella holgué mucho, más me holgara en hallarme allá, para gozar, señor, de vuestra conversación, que tantos días había deseado. Plega a Cristo nos veamos en el cielo, adonde reposen todos nuestros deseos, poseyendo al que es verdadera hartura de ellos

Mucho, señor, querría que el humo de estas cosas percederas no cegase nuestros corazones para impedirnos la vista de las eternas. ¡Cuán mal trueco hace quien por lo de fuera, que no es sino corteza o cáscara, pierde lo que de dentro se posee, que es el verdadero fruto! ¡Ay de aquel que tiene más cuidado de la hacienda que de la conciencia, y que pone a peligro su ánima por asegurar la vida del cuerpo! No así, hombres, no así, mas como hizo Joseph (*Gen.*, 39, 12), que por guarecer la castidad, *dejó la capa en manos* de quien le quería robar su tesoro del ánima. Sentencia es de Cristo (*Mt.*, 5, 29), que *si nuestro ojo derecho nos es ocasión de pecar, lo saquemos y lancemos de nos*. El ojo derecho es el amor que tenemos a la hacienda, honra, vida o parientes; el cual, si con la demasia nos es ocasión de pecar, así como quien por

(3) *Los que quieren morir*: los que están para morir,

el amor de estas cosas ofende a nuestro Señor, nos habemos de extrañar a él, y cortarle de nos, porque no nos extranemos a Dios. Ninguna cosa nos debe ser tan amada, que no la hollemos, si nos estorba estar bien con Dios. No se da la amistad del reino soberano sino a quien piensa que compra barato, aunque le cueste la misma vida; que los que quieren cumplir con sus afectos y con el amor del Señor, muy engañados están, amando a Dios como a una de las otras cosas, queriendo Él ser amado sobre todas.

2. ¡Oh engaño de los hijos de Adán! Y ¿quién los engañó? Y ¿quién los desengañará? ¿Quién les sacó los ojos para traerlos alrededor *moliendo esta pesada tahona* como otro Sansón (*Judic.*, 16, 21), viviendo al querer de los vicios y al desplacer de nuestro Señor? ¿Quién les hará entender que andan engañados en buscar primero los dineros y después la virtud? Y si algún caso acaece, donde todo no lo puede tener, quédase sin virtud por no quedarse sin el dinero, poniendo la luz en tinieblas y las tinieblas por luz. ¡Oh si Dios abriese los ojos de aquéstos, y cuán amargamente llorarían, viendo cuán mal truecan! Por dicha ¿no es mejor la amistad de Dios, que con las virtudes se gana, que todo lo que desearse puede? Por dicha ¿no son más para desear los mandamientos de Dios que millares de oro ni plata? (*Ps.*, 118, 72; 18, 11). ¿Adónde está un verdadero peso para pesar cada cosa en lo que es, para no vivir en mentira?

Los hombres huyen todos de ser engañados en lo que poseen; ¿por qué no huyen con mayor diligencia de serlo en lo que más les va? Quéjanse si son engañados en las cosas que compran en la mitad del justo precio, y no les podemos apaciguar de pedir remedio para su engaño; y están tan prestos a perder el ánima por una poca de ganancia, o por una murmuración u otro pecado, que no los podemos atraer a que ellos lo sientan, para que digan: Engañado estoy, deshágase tan gran maldad. Más vale, hombres, más vale el ánima que perdéis, que todo lo que en trueque de ella se os puede dar. ¿Qué aprovecha ganarlo todo, si a ti sólo pierdes? (*Mt.*, 16, 26.) ¿Qué aprovecha tenerlo todo bueno, si a ti sólo tienes malo? ¿Qué aprovecha ganancia en la bolsa, y daño en el ánima; y gran nombre delante de los hombres, y ser ignorado delante los ojos de Dios? Vendrá día, y cierto vendrá, cuando destruya Dios *todos los que obran maldad* (*Ps.*, 5, 7), y ¿qué aprovechará entonces lo que aquí más buscaron? ¡Oh día de cuenta de todos los

días, y cuán poco eres mirado, y por eso tan poco temido! ¡Y qué a rienda suelta corren los hombres por esta florecilla que tan presto se pasa, y que cada día ven que se pasa de entre las manos, y nunca falta quien la quiera tener, aunque ella se les vaya huyendo.

3. No es aquí, señor, nuestro reino, no nuestro descanso. ¿Qué es esta vida, sino un camino desde nuestra casa hasta el lugar donde nos han de matar? pues que cada día más caminamos, y no a otra parte sino a la muerte. ¿Quién sería, pues, tan desatinado, que llevándole a matar, y muy aprisa, se acongojase por no ir muy subidamente vestido, o se divertiese a entender en vidas ajenas, o le deleitase mirar algunos juegos, o se pensase porque no le quitaron bien el bonete? (1). Pues ¿cuántos vemos, por nuestros pecados, tan fuera de sí, que yendo, como todos vamos, al paradero de la sepultura, y cierto más corriendo que una saeta, unos se detienen en vanos vestidos, otros en humillo de honra, otros se enojan muy de corazón que no se hace lo que ellos quieren, y lo que quieren es cosa que ni les excusa su perdición ni les alcanza su bien? ¿Qué es aquello que así nos cegó para hacer de la eternidad tiempo, y del tiempo eternidad? Así han despreciado los hombres el eterno bien que Dios en el cielo les promete, como si fuera temporal; y así han puesto todo su amor en esto perecedero, como si esto fuese lo eterno. ¿Cuántos habrá que pasen por esto como *extranjeros*, según San Pedro nos manda (1 *Petr.*, 2, 11), y asienten sus corazones en lo por venir como en su ciudad y reposo? Diga la lengua lo que quisiere, pues las obras dicen que somos ciudadanos de este mundo, pues tanto deseamos y procuramos ser engrandecidos y abastecidos; y deseamos ser al otro mundo extranjeros, pues no procuramos ser ciudadanos de allá.

4. ¿Pensamos quizá que se ha de ganar este reino sin mucho cuidado? Por cierto, aun los cuidadosos tienen que hacer, y lo tienen en duda: ¿qué será del descuido, sino perderlo del todo? Nuestra vida lucha es; y quien lucha—dice el Apóstol (1 *Cor.*, 9, 25)—*de todo se desembaraza, para ganar la corona*. Parejas corremos, y la joya es el reino de los cielos; mas no todos los que corren llevan la joya, sino quien mejor corre. ¡Cuán gran necesidad sería atarse el hombre los pies, y pensar que había de llevar el premio

---

(1) *Bonete*: gorro (anticuado).

que se da a quien muy bien corre! Y no es menos quien enlaza su anima con afectos pesados, que no le dejan correr hacia Dios. Manda Dios (*Mt.*, 5, 39): *Quien en un carrillo te hiere, vuélvele el otro*; que quiere decir: Si te injuriare, no sólo no te vengues de la injuria recibida, mas ten el corazón aparejado para sufrir otra si te viniere; y i otra viniere, vuelve otro carrillo, que es aparejarte más; de manera que antes se canse el otro de hacerte mal, que tú de sufrirlo; porque mayor ha de ser la bondad tuya, que la maldad ajena. ¿Pues cómo podrá correr este camino quien tiene grillos del amor de su honra? Este hace que la injuria se vengue, porque, según San Gregorio dice: «Ninguno siente la deshonra, sino el que ama la honra.» Pues si este amor no se quita, ¿cómo correremos?

Si manda Dios que antes muramos que pequemos un pecado mortal, ¿cómo lo cumpliremos, si no quitamos las cadenas del amor demasiado de la vida? Cadena es la codicia que no nos deja guardar la verdadera proximidad (2). Cadena la envidia, cadena la ira, cadena, y raíz de las otras, el amor de sí mismo. ¿Qué necedad es pensar que siguiendo un hombre lo que su placer quiere, puede correr la carrera de los que corren a Dios! Contentándose a sí, piensa que puede contentar a Dios, y viviendo consigo, quiere vivir con el Señor.

4. Despertemos ya por amor de Dios; despertemos antes que nos despierte el infierno; y sepamos que *el reino de Dios es tesoro escondido, y quien le halla vende todas las cosas para comprarle* (*Mt.*, 13, 44), teniendo por más rico con sólo esto, que con tener todas las cosas. No es menester quedarse un hombre sin hacienda para ganar este reino; mas es menester, por el amor del reino, quitar la ocasión del amor demasiado de la hacienda, y de la honra, y de la vida regalada, de nuestra voluntad. Desnudos nos quiere Cristo, para que pasemos a Él, pues Él desnudo murió por nosotros. Desnudo está quien, lo que tiene para su vida y honra, lo tiene puesto debajo de la voluntad de Cristo, haciendo de ello, no lo que quiere la honra o deleite, mas lo que quiere Cristo; y que lo tiene en tan poco, como si no lo tuviese, aparejado antes a ponerle fuego a todo, que ir contra la amistad de nuestro Señor en un solo pecado ni ofenderle.

---

(2) *Proximidad*: los deberes con el prójimo.

Y aunque entienda en hacienda, no ha de ser por el amor que le tiene, mas porque Dios lo manda. Si vive, no porque ame a la vida, haciendo en ella su postrer paradero, mas quiérela para Dios, para ponerla por él antes que ofenderle. Y si se viste, no toma consejo con la vanidad de cómo será por los vestidos estimado; mas con la palabra de Dios, que manda usar de estas cosas, no por superfluidad, mas a honesta necesidad. Y así éste no se tiene por suyo, mas por de Dios; no mira lo que él quiere, mas lo que Dios manda; tiénelo todo, y a sí, debajo de los pies, por tener a Dios sobre su cabeza. Manda Dios, y obedece él; rige Dios, y va tras ello él; y así como la sombra sigue al cuerpo, así la voluntad de éste sigue a la de Dios.

Estos son los *hijos de la obediencia* (1 Petr., 1, 14), a los cuales está prometido (Lc., 22, 30) *que se sentarán a la mesa de Dios*, para que así como el Hijo verdadero de Dios por obediencia padeció, y así entró en el reino, así los hijos adoptivos por obediencia entren allá. No es razón que, habiendo uno servido a los mandamientos del turco, vaya a pedir salario al Emperador, porque luego le responderá: «Págueos a quien habéis obedecido»; y así responderá Dios a quien ha vivido en obediencia de sus apetitos cuando vayan a pedir la gloria.

5. Muchas gracias a Cristo, que de esto nos avisó; porque si queremos mirar en ello, no nos hallaremos burlados en Cristo, que tanto nos estima. El aviso éste es (Mt., 7, 21): *No todo aquel que me llamare Señor, Señor, entrara en el reino de los cielos; mas quien hiciere la voluntad de mi Padre, que está en ellos, aquél entrará en la gloria.* ¿Qué es menester más, pues la palabra de Cristo no puede faltar? Y ¿quién será aquel que a aquesto no despierte, pues va en ello, no reino de tierra, mas el del cielo? Si allá no entra sino el que hace la voluntad de Dios, estudiemos en esto, hablemos en esto, aconsejemos esto, miremos con vigilancia aquello que los hombres tenemos, que no esté conforme a la voluntad de Dios. Y porque nuestra vigilancia no basta, llamemos al mismo Señor que nos ayude, conozcamos nuestra miseria, y pidámosle de corazón misericordia. No es el Señor que nos ayuda tal, que se niegue a quien de entrañas le busca. Si de verdad le llamásemos, cierto nos abriría; y aquél llama de verdad, que llama con oración y buenas obras. Y aquél, llamando será oído,

que oyó a su prójimo cuando le llamó, y ayudó en su necesidad, y le perdona sus yerros, y no hace mal a los otros, y sufre con paciencia lo que le hacen a él. *Estos son la generación de los que buscan al Señor (Ps., 23, 6) y estos le hallarán.*

Vayamos, pues, a correr esta carrera, que bienaventurados son los trabajos que por alcanzar tal joya se pasan; y pasarse han presto, mas el galardón durará para siempre. Atesoremos allí, que bastanos poseer a Dios. Y no perdamos el tiempo que para esto nos es concedido, mas para esto vivamos, para que vivamos para siempre. Y así pasaremos de la bajeza a la altura, del destierro a la propia tierra, de esta pobreza a la riqueza, que poseeremos en los siglos de los siglos. Amén.

#### 150.—A UN HIJO DE PENITENCIA.

*Cuánto importa perseverar en el camino del Señor, combates que el demonio da para impedirlo; y poder de la fe para vencerlos.*

1. Son tantos los peligros que nos están de continuo amenazando, que sería bien que los que deseamos salvarnos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, muy de continuo nos incitásemos y amonestásemos a mirar por nuestra salud, para que así, velando a nuestros enemigos, evitásemos sus continuos lazos que traen a muerte. No debe nadie, hermano muy amado, estar sin recelo; pues que dice San Pedro Apóstol (1 Petr., 5, 8) *que nuestro adversario, el demonio, anda rodeando, buscando a quien trague.* Y pues tal enemigo tenemos, que tanto sabe y puede, y tanto desea nuestro mal, que en ninguna cosa entiende sino en dañarnos, no debemos estar descuidados porque no nos trague, haciéndonos caer en algunas tinieblas de errores o de pecados, y haga burla de nosotros porque nos dormimos en tiempo de vela. El Profeta David dice (Ps., 139, 6; 141, 4) *que le escondieron los soberbios, lazo en el camino que andaba.* Pues ¿cómo pensaremos nosotros que no corremos peligro? Y es de mirar que, no sólo tiene puesto lazo a los que andan fuera del camino de Dios, mas dice: *En el camino que andaba me escondieron lazo.* Este camino es el del conocimiento y amor de Dios, en el cual arma el demonio lazo a los que andan por él. No pensemos que basta haber comenzado, porque de los

muchos que comienzan, pocos perseveran. Mas ¿qué aprovecha comenzar, pues (*Mt.*, 10, 22) *el que perseverare aquél será salvo?* Ropa hasta los tobillos hizo Jacob a su hijo José (*Gen.*, 37, 23). Vida buena, y que dure, y llegue a nuestras postrimerías habemos de tener para ser amigos de Dios.

¡Oh cuántos, entrados en el camino de la verdad, han sido trastornados por sutiles engaños de este demonio! *Los cuales—según dice San Pedro (2 Petr., 2, 21)—son tan malaventurados, que les fuera mejor nunca haber nacido en ellos la verdad, que después de conocida dejarla.* La gracia que el Señor da debe con mucho gozo ser recibida, porque con ella se nos da esperanza de ser siempre salvos; mas debemosla tener con recelo, no se nos pierda por nuestra culpa lo que el Señor nos dió por su bondad. Y porque el demonio sabe cuán miserablemente caen los que, después de encaminados, salen del camino, trabaja más por derribar al que ya caminaba, que por estorbar al que no entró en el camino.

2. Mas, pues, que este enemigo es tan de temer, y la carga tan peligrosa, ¿qué remedio tenemos? El mismo San Pedro, que nos avisó el peligro y combate, nos enseña el remedio para no ser vencidos, diciendo (*1 Petr.*, 5, 9): *Al cual resistid fuertes en la fe.* Esta es la defensa fortísima contra todas las asechanzas del demonio. Quien ésta tiene, no ha menester más para la batalla. Lo cual confirma aquel gran caballero de Jesucristo, San Pablo, el cual dice (*2 Cor.*, 2, 11) que *conoce las astucias de Satanás*; y por eso es muy de mirar qué armas, qué arte, qué golpe nos enseña para vencer a este que tantas artes y maneras tiene para combatirnos; y la enseñanza es aquésta (*Ephes.*, 6, 16): *En todas las cosas tomad del escudo de la fe, con el cual podáis apagar todas las saetas encendidas del malo.* ¡Oh cuán ardiendo vienen las tentaciones del enemigo! ¡Oh cuán enherboladas son sus caetas de hierba mortal, y encendidas con infernal fuego! Y aunque así sea, es más fuerte la fe para apagar aquel fuego, que el fuego para arder en esta agua.

¿Qué puede el demonio traer, que no vaya vencido y corrido, si la fe le ponemos delante? Contra él se tornan sus tiros cuando con la fe nos escudamos. No tiene él en todas sus artes sino estas dos para engañar a los hombres, conviene a saber, hacerles que no crean las cosas invisibles, y que crean las visibles. Y pues quien fe tiene, cree lo que no ve ya es el de-

monio vencido cuanto a la primera pelea; y quien tiene viva fe, desprecia lo que ve que no es conforme a la Ley de Dios, ya queda la segunda vencida. ¿De dónde vinieron tantas victorias a tantos millones de mártires que del demonio triunfaron? ¿De donde tanto vencer a reyes y a sabios y a un mundo entero? ¿De dónde aborrecer tantos premios como les prometieron, y abrazar tantos tormentos con que los amenazaban? Y lo que más es, aborrecer amor de hijos y mujeres, y de todo lo que en este mundo amaban, y por sólo agradar a Cristo, desagradar a todo lo que no es Él. Ciertamente, no de otra parte, sino de la fe, que les mostraba cuán grandes bienes son los que con aquello ganaban, y cuán breves los que despreciaban. Y esforzados con esto por una parte, y mirar que Cristo murió primero por amor de ellos, por otra, eran hechos invencibles, y (*Cant.*, 8, 7) *las muchas aguas de las tribulaciones no pudieron apagar el encendido fuego de la caridad* de Cristo que ardía en sus ánimas. Poco podía el cuchillo de hierro, porque el cuchillo de la palabra había traspasado sus afecciones de la carne, y avivado las del espíritu. ¿Qué aprovechaba amenazar con hambre a los que comían, y estaban hartos del pan celestial? No aprovechaba quitarles la hacienda, porque estaban hartos de Dios; y si les deshonraban, teníanse por más honrados en ser deshonrados por Cristo. Y a este solo Señor mirando, parecían los azotes picaduras de moscas, y los tormentos ser cosa de burla.

¡Oh fe, esfuerzo de corazones, victoria de los tiranos, sosiego de los turbados, ojo de las cosas invisibles, y fundamento de todo el fundamento espiritual! ¡Perla preciosa, sin la cual cuanto uno más tiene, más pobre está; camino sin yerro para Dios, fuera del cual quien más anda menos anda, y pensando que sube al cielo, baja al infierno; puerta por donde entre Dios a nosotros, disposición para dársenos el Espíritu Santo! ¡Honra de Dios, del cual, mientras cosas más altas creemos, y que sobrepujan a nuestra razón, más le honramos y más nos le sometemos! ¡Oh *columna de luz*, que en la obscuridad de este mundo (*Exod.*, 13, 21) *alumbró a los hijos de Israel* para entrar en la tierra de Promisión; causa de vida (1) a los justos: *Justus ex fide vivit!* (*Rom.*, 1, 17.)

(1) *Causa de vida*; la edición de 1595 dice: *casa de vida*, pero parece error, porque no responde al texto latino: El justo vive de la fe.

Mas quien es incrédulo, no estará derrecha en él la honra de Dios en el mundo, pues por ella se hacen los milagros que dan testimonio de su infinito poder. Esta es la luz, que es la primera cosa que Dios cria en el ánima cuando la justifica. Y así como, antes de la distinción de las cosas, crió una nube de luz (*Gen.*, 1, 3), y después de aquella poca de luz sucedió este sol (*Gen.*, 1, 16) que tiene tanta abundancia de ella, así en el ánima donde la luz de la fe viviere, sucedera la copiosa luz de ver a Dios en el cielo. Esta conviene tener, porque, así como Dios entró en el vientre de Maria haciéndose hombre, *porque ella creyó la palabra que le fue dicha* (*Lc.*, 1, 45), así venga Dios en el ánima por la palabra de la fe. Abraham fué justificado por la fe (*Rom.*, 4, 9), y *los que tienen fe son verdaderos hijos de Abraham* (*Gal.*, 3, 7); al cual prometió Dios que enviaria *uno de su semilla, en el cual fuesen benditos todos los linajes del mundo* (*Gen.*, 22, 18); y así como son sus hijos los que creyeron que *había de venir* este Prometido, así también los que creen *haber venido*. Esta es la obra que *hemos de obrar, para alcanzar mantenimiento que nunca perece* (*Jn.*, 6, 27); y la obra que dice en el Evangelio: *Creed en aquel que Dios envió*, que es nuestro Señor Jesucristo (v. 29).

3. Mas miremos que esta fe no ha de ser estéril, mas llena de frutos y flores; flores han de ser de buenos deseos, y frutos de buenas obras. Porque de otra manera, acaecerle ha lo que a una higuera, que pasando por ella nuestro Señor Jesucristo, y habiendo gana de comer higos, llegó a ella, y como viera que no los tenía sino solas las hojas, maldijola diciéndola (*Mt.*, 21, 19): *Nunca de ti nazca fruto para siempre; y en aquel punto se secó*. No tuvo aquella higuera culpa de no tener higos, pues el Señor no se los había dado, ni era tiempo de tenerlos; mas significa aquella higuera a nosotros, que somos árboles plantados en el huerto de su Iglesia, los cuales no nos habemos de contentar con solas palabras buenas, ni sola confesión de la fe, sin tener frutos de buenas obras; porque de otra manera maldecirnos ha el Señor cuando nos muramos, e iremos adonde nunca más demos fruto. Y porque no pensemos que hemos de aguardar tiempo para dar frutos maldijo el Señor la higuera en tiempo que no era tiempo de higos; por darnos a entender a las higueras vivas que no digamos: Cuando sea viejo serviré a Dios; cuando acabare este negocio que traigo entre manos, entenderé en mi conciencia; cuan-

do venga la Cuaresma, me confesaré, y perdonaré, y restituiré; mas dejadas todas las longuras, demos fruto en todo tiempo; y por decirnos el Señor esto, maldijo la higuera, que ninguna culpa tenía. Y plega a Dios que entendamos lo que tan dicho nos esta, y que tanto nos cumple; y que no nos acaezca lo que vemos que a otros acaece, que se echan buenos y amanecen muertos, y siéntanse riendo en una silla, y no se levantan sino para la sepultura. Estas y otras semejantes burlas acaecen por acá, y pueden acaecer por allá, y nosotros todavía buenos que buenos, o por mejor decir, malos que malos.

¡Oh dureza de corazones! ¡Oh descuido tan perjudicial! ¡Oh olvido tan digno de reprehensión! ¡Y cuándo ha de venir este día que despertemos, mirando cuán mal se ha gastado la vida pasada, y cuántos peligros hay en la por venir! ¿Cuándo tan de corazón serviremos a Dios, cuanto algún tiempo servimos al mundo, carne y diablo? ¿Por qué no me deleitaré tanto en buscar y mirar la honra de Dios, cuanto me deleité en buscar la mía? Si mi vida era en seguir mi voluntad mala, ¿por qué de aquí adelante no será en seguir la buena, y muy buena, de Dios? ¿Por qué ha de valer conmigo más la suciedad que la limpieza? ¿la bondad menos que la maldad? ¿el diablo más que Dios? Y, finalmente, ¿por qué no me dan en rostro mis males, y me dan buen olor y sabor los bienes que siempre debiera haber amado? Basta para los hombres lo hecho, basten los enojos dados a Dios. *Tornen los malos a su corazón (Isai., 46, 8)*, y digan a Dios, no de burlas, no a media cara, no interesadamente ni a tiempos, mas en todo y por todo y por siempre y con todo: Sirvamos, loemos y adoremos a quien para siempre sea bendito en todos los siglos de los siglos. Amén.

#### 151.— PARA D. ANTONIO DE CÓRDOBA

*Que pretendía entrar en la Compañía de Jesús, estando enfermo. Que el llevar la cruz en compañía de Jesucristo se ejercita mejor en las enfermedades sufridas con paciencia.*

1. Hace vuestra merced muy bien en estar contento con servir en la casa del gran Señor de oficio de enfermo: porque el pasar de obrar bien a padecer, es mejorar Cristo a los suyos y subirlos de aula de me-

nores a mayores. Porque, cierto, para este destierro no hay cosa que así nos cumpla, como el llevar cruz en compañía del Señor que la amó, y con amor murió en ella; y ésta mejor se ejercita en enfermedades desabridas a la carne, que nunca causaron vanagloria, que en salud, aunque bien empleada. Grandes fueron las obras que el Señor hizo en esta vida mortal; mas en el padecer excedió a todos y a todas, para que entendiésemos aquello que dice el Apóstol Santiago (1): *Tened, hermanos, en sumo gozo varios trabajos*; y lo que el mismo dice *que la obra de la paciencia es perfecta*. Así que, señor, sea vuestra merced grato a la enfermedad, y agradecido al Señor que la envía; y si esa cruz y carga fuere de él bien recibida, subirle ha el Señor a otras más interiores y más crecidas, que Él tiene para dar a sus muy amigos, para conformarlos con Él, cuya Cruz fué grandísima en lo visible, y muy grandísima en lo invisible. Y aunque a vuestra merced parezca le quitaron otros oficios por no haber dado buena cuenta de ellos, no por eso deje de ser agradecido a quien así lo ha hecho; porque el ser corregido de mano de tal Padre y con tanto amor, hace que sea antes menester humildad, para que el mucho consuelo no exceda, que paciencia para sufrir el castigo.

2. Con todo, estoy medroso, si ha de saber vuestra merced aprovecharse de sus calenturas; porque suelen algunos principiantes relajarse en el ánimo con las enfermedades del cuerpo, cuando no son tales que les pongan en el peligro de la muerte. Es cosa muy al revés hacer de la medicina ponzoña, y tomar achaque de empeorar de lo que Dios para mejorar envía. Llámeme vuestra merced de corazón, y suplíquele que pues le hiere *el muslo de la carne* (Gen., 32, 25), que sea para andar más aliviado en el espíritu; y pues es para que en el cuerpo pague con dolores lo que en el cuerpo pecó, no sea causa para acrecentar nuevas deudas lo que es dado para satisfacer por las pasadas. Viva con recato de sí mismo, y no crea a su cuerpo en todo lo que le pidiere, y ofrézcalo a la cruz del Señor, en compañía del Santo Espíritu suyo, y no lo desechará Él, pues tuvo par de su cruz ladrones en cruces. Y ya que no pueda tener ejercicio de meditación o lección como querría, no deje de hacer algo lo mejor que pudiere, y sin grave daño de su salud; que el Señor es tan poderoso, que da fuerzas a quien ve trabajar. y tan buenas, que algunas veces da más dádivas a los que, enfermos y en cama, no pueden orar,

que a los que muchas horas lo hacen; y por ventura querrá usar con vüestra merced de esta misericordia, pues no le cuesta más de quererlo.

3. Y pídole por amor de nuestro Señor *ut non circumferaris omni vento doctrinae* (Ephes., 4), y que estime aquellos por cuyas manos ha recibido misericordia del Señor (1), imitando al ciego, que ninguna persuasión humana le quitó el crédito bueno de Aquel que le había curado de ceguedad perpetua; lo cual él tenía por señal grande de la bondad de su Maestro, cuando decía (Jn., 9): *Si peccator est, nescio: unum scio, quod cum caecus essem, modo video*. Y aunque esto decía, bien creía que era Justo, como por su santa porfía parece, y por la merced que el Señor le hizo, dándosele a conocer en el templo en pago de la fe que defendía. Yo he oído algunas cosas que los émulos de estos Padres dicen; mas ninguna he visto ser razonable, ni creo que la hay. Y paréceme bien que el defenderlos vuestra merced sea más con mansedumbre y pocas palabras, que no de otra manera; que el Señor tiene mucho cargo de estas cosas, y es amigo que se lleven con toda blandura y tolerancia.

Y Dios more con vuestra merced siempre, pues por él murió.

152.—A D. ANTONIO DE CÓRDOBA (1)

*Al cual pretendia llevar a la Compañía de Jesús.*

Los peces grandes son malos de tomar, y han menester muchas vueltas, río abajo y río arriba, hasta que de cansados tengan poca fuerza, y los prenda del todo el anzuelo. Por lo cual no se maraville vuestra merced si tantos golpes nuestro Señor le da, contradiciendo a lo que llevaba pensado y deseado; que sin duda deben de ser la voluntad y parecer de vuestra merced recios de tomar y rebeldes a morir, y han menester que a poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no vivan en vuestra merced sino la fe en el Señor y la voluntad del mismo Señor. Entienda vuestra merced la sofrenada, y las señas que le hace su Señor; porque así como es alabado et *acceptus Domino minister intelligens* (Prov., 14), así

(1) Alude a los Padres de la Compañía de Jesús, muy perseguidos entonces en Salamanca, donde residía don Antonio de Córdoba.

(1) Véase la edición Montaña, t. II, pág. 435.

es vituperado quien no entiende, no sólo las palabras, mas ni aun los azotes del Señor. Entienda que no hay cosa que tanto le cumpla, como ser desatinado de su propio tino, y que *omnis sapientia tua devorata sit, ut sic clamet ad Deum, et de necessitatibus tuis liberet te* (Ps., 106, 27). ¡Qué idolatría más dañosa, que fiarse un hombre de su parecer! ¡Y qué casamiento más monstruoso, que estar el hombre casado con su propia voluntad! De aquí nacen monstruos tan espantables cuan abominables, que meten a quien los engendró en los abismos de los infiernos: si no quite vuestra merced que uno siga su parecer, no ame su voluntad, y quitarle ha el infierno.

Para esto, tal ofrézcase, como un poco de barro en las manos de este Soberano ollero, y dígale lo que está escrito: *Fictor noster es tu, nos vero lutum* (Isa., 64); y tenga por muy acertado lo que le viene contrario a su voluntad; porque tal es la de los hijos de los hombres, que por sólo desear una cosa, tiene resabio y sospecha que no es buena; porque lo que agrada al malo, ¿cómo nos fiaremos de ello? Tenga vuestra merced cuidado en el tino de cómo Dios le guía, y de esto se le ha de pedir cuenta; y cuando esta ciencia supiere, será sabio delante de Dios; de suerte que no le enamore cosa que debajo del cielo haya, por preciosa que le parezca, sino en todo buscar el contentamiento de Dios; y cuando éste es que no alcancemos cosa alguna, aquello es toda la riqueza del mundo y del cielo; pues el contento de Dios es el mismo Dios, y quien éste ama, ama a Dios; y quien este tiene, a Dios tiene

En cuantas quejas da vuestra merced de sí, creo que tiene razón, por ser hombre y no estar en el cielo: y hace vuestra merced bien en quejarse, porque (2) así se suelen quitar las que nuestro Señor tiene contra nosotros, que serán, cierto, más de las que nosotros entendemos. Porque ¿quién entenderá las riquezas de la bondad de Dios y las faltas de nuestras miserias? Plega al Señor nos dé luz para ver estos dos abismos tan diferentes, para que la vista del nuestro no nos desmaye, confortada con la del Señor; que de otra manera dirá el más estirado: *Cor meum dereliquit me* (Ps., 38), de ver en sí tantas deudas pasadas, presentes y que tiene por venir. No sé qué hacemos con este miserable de nos, ni para qué lo queremos tener por nuestro ni a nuestro cargo; démoselo a

(2) Porque así; la edición de 1595, que por así.

quien tiene bondad para lo sufrir, y sabiduría para lo curar y regir; que cierto Él irá cargado de una cosa harto pesada e insufrible, si no fuere su amor incomprendible.

Gran ayuda es para negarnos vernos tan enemigos de nosotros mismos; y ser tan miserables sirve para no haber codicia de nosotros, sino darnos, y echarnos de casa, aunque mucho nos costase. Y con todo esto, suena el pregón de la divinal bondad, que David sale al campo, perseguido sin culpa, y que se lleguen a él los adeudados (2 *Reg.*, 15), y que tienen angustia y amargura de corazón. Bendito sea Cristo, amén, que tan rico es en paciencia y bondad, que el Padre fió de sus manos tan donosas ovejas como somos. Y lo que peor es, que estemos tan ciegos, que rogándonos Él que, a truco de ser nuestro Él, seamos nosotros suyos ¡ay de nos!, todavía buscamos a nos, *et quae nostra sunt, non quae Jesu Christi* (1 *Cor.*, 13); y nos queremos poseer, no más de por ciega afición, sin querer probar cuán sabrosa y justa y provechosa cosa es ser de Cristo y andar a su voluntad.

Cristo le dé su luz en todo, amén, y sea todo de vuestra merced.

### 153.—A UN AMIGO SUYO

*Que Dios había llamado por medio de su predicación a la vida espiritual.*

1. A muchas obligaciones que vuestra merced me echa con sus cartas respondo tarde y mal; y aunque de ello me confundo, *sed non emendor*, con pensar que ha dado Cristo a vuestra merced alguna migaja de su caridad; y la primera condición que ella tiene, según lo atestigua aquel que mucha tenía y bien la conocía (1 *Cor.*, 13, 4): *Quia patiens est*. Plega a la inmensa fuente de ella de la acrecentar en vuestra merced, hasta que sea bastante hasta dar la vida por enemigos, pues Cristo la dió por nosotros.

Quéjase vuestra merced de sequedad, aunque creo no es queja, sino relación que da al que ama de la disposición de su alma. Y digo, que cuando la sequedad no llegue y entibie a la virtud, no es cosa que debe dar mucha pena, pues lo que se arriesga es perder una suavidad en las cosas de nuestro Señor; aunque los que de ella se saben aprovechar, suéleles ser escuela para más dejarse y más pasarse a Dios. Y por-

que deseo a vuestra merced bien en lo mucho y en lo poco, le deseo amor *fuerte, sabio y dulce*, pues Aquel a quien debemos amor le son debidas. Mas si El no da sino el *fuerte y sabio*, será para, por otros modos que no sabemos, hacernos otras secretas mercedes; para con éste desatinarnos, ejercitar nuestra caridad, que es mucho menester para tratar con Él, que es sapientísimo, y amigo que nadie lo sea en sus propios ojos. Así, señor, el cuidado de vuestra merced sea seguir las fuerzas que nuestro Señor le da, y no faltará su gracia, y darle gracias por lo que entiende y no entiende; y en esto está la salud.

2. Andando la edad, y viendo experiencias de cuán poca parte es el hombre para efectuar negocios, por pequeños que sean, se confirmará vuestra merced más en la buena costumbre que ha comenzado a tomar en lo del callar; y verá que se hace muy bien el negocio, hablando muy a la larga con Dios, y a la corta con el hombre. Indecible cosa es nuestra ignorancia, nuestro adelantarnos, nuestros necios celos, y a duras penas puede ser creído, sin habernos costado errar en muchos. Porque heredamos de nuestros primeros padres un secreto deseo de divinidad, aunque robada, que nos hace imitarles en ello, y querer que las cosas se hagan como y cuando nos parece, con otras secretísimas raíces que no se ven sin lumbre del cielo; ésta no se puede alcanzar sin oración larga.

3. En los negocios de esas almas, que vuestra merced desea remediar, digo lo dicho, que se encomiende el negocio de corazón al Señor, y se tenga esperanza en el uno y otro. Y no esté vuestra merced congojado, pues ha conocido tener padre en el cielo, que le llamó para sí, y le será guía en su camino. Gaste lo mejor que pudiere el rato de vida que de presente le da, y por el venidero no esté congojoso; sino, haciendo cuenta que nadie le puede quitar a Dios sino su propia pereza, pelear con ésta, y si la venciere verá que la plaza es celda y los negocios ocio. Más diligencias pide el camino en que Dios a vuestra merced ha puesto, de la que por su carta dice que pone en el llegarse a los buenos ejercicios con perseverancia; y si en presencia fuera, contárale cosas acaecidas a personas que son flojas en los ejercicios, en que vuestra merced viera cómo no tiene nuestro Señor por pequeño mal ser uno lunático, ya ejercitándose, ya no. Señal clara es de ánimo cautivo de propia voluntad el hacer bien cuando se le antoja, y cesar otra vez por lo mismo; y como falta la propia negación, van manchados cuan-